

MITO Y MEMORIA EN UN EPEU WILLICHE.

Al Lonko Antiñir.

La noche avanzaba con pasos ajenos y en las sombras dejaba un rastro que no era el mío. Pegadas a las ruedas de las carretas se ocultaba parte de la historia. El camino a Osorno era pedregoso y mucho antes que rompiera el alba... antes que llegará, Juan Antonio Colipán Leficura divisaba desde la cuesta de Pilauco una ciudad iluminada hasta el horizonte. El temor estaba de ojos abiertos. A ratos se sentía el rocío, temblando en los lomos de las bestias. No había transcurrido mucho tiempo de la visión, cuando los hijos de Juan Antonio, voltean nuevamente y la ciudad volvía a sus pupilas convertida en unos pequeños solares, iluminados escasamente con faroles de gas, que lejos se veían como unas pequeñas luciérnagas, sobrevolar sobre la plaza de Osorno. Una vez de vuelta a Quilén, Juan Antonio refiere la visión a Rosa Hueitra, quien relata que en la antigua Chaurakawin, había nacido un niño con una corona de carne, que más tarde sería el rey de los huilliches. Osorno, decía, por eso es una ciudad encantada, por que debajo de ella existe un mundo luminoso.

Cada vez que nuestra mirada se instala en el dobléz de la historia, hacemos de la memoria un espacio habitable. En unos de sus últimos cantos, Lola Kiepja, última chamán selkanm, dice: "A de vez en cuando camino al revés, es mi modo de recordar... si caminara hacia delante, te podría contar cómo es el olvido....."

Para la cultura mapuche la memoria es el tiempo vivenciado como un fenómeno cíclico en constante renovación, Rosa Painequeo, señala: "El tiempo se va renovando, termina una jornada, un ciclo, y se repite, claro que de distintas maneras, de acuerdo a los cambios que sufra la naturaleza se desarrolla más fuerte o más débil, eso depende de cómo se comporte el tiempo en el espacio mismo, no es un tiempo diferente, es el mismo tiempo que se va rotando, el sol que sale un día no es uno distinto al que sale el otro día, es el mismo, sí que se va poniendo más viejo, igual que el ser humano, después de su ciclo, un año, ahí se renueva, así es".

En este sentido el tiempo gira en torno a su propio ciclo y en el va deshilvanando la madeja de la memoria. La palabra recuerdo (Rec - cordum) viene del latín que significa "Volver a pasar por el corazón", de tal manera que la memoria está hecha de afectos, y el recordar es el ejercicio más libre y sublime de la condición humana. En el recuerdo traemos al presente las voces de nuestros antepasados, ellos nos hablan al oído cada vez que sus voces pasan por nuestros corazones.

La misma visión que tuvo Juan Antonio Colipán Leficura, huilliche de Quilén, la refieren los antiguos kimches de San Juan de la Costa, Juan Andrés Piniao, señala: "Eso lo conversaban los indígenas, que cuando ya hicieron la paz [el parlamento de 1793], hicieron todo, ahora vino un español y le vino a destruir la cabeza al cacique porque era de puro oro, los pelos eran de oro, y

todo era oro, así que ahí cuando llegó a España, la cabeza la llevaban ensartada con una espada, y cuando llegó allá que todavía lloró po, la pura cabeza...así que ahí dicen que el que vino a cortar la cabeza lo echaron al fuego inmediatamente, lo mandó a quemar el mismo rey español, porque él le fue a cortar la cabeza a un rey, y la orden de España era que venga a conquistar la gente, pero no a matarlo po, a cortarle la cabeza...., al cacique lo pillaron solo y por eso le cortaron la cabeza..., no alcancé a saber más, hartos años y no conversa uno y se le va olvidando también”.

Existe en el imaginario del pueblo huilliche, la figura de un rey que cohesionaba a toda la butahuillimapu, este conocido como el Inca Atahualpa, habría nacido en la antigua Chaurakawin, con una corona de carne y mientras gobernaba, pudo el pueblo huilliche someter a muchos muchas ciudades y recuperar antiguos territorios. El Epeu persiste en los más antiguos que recuerdan con nostalgia el momento, en que los españoles supieron de la fortaleza de los huilliches y para someterlos (antes de 1793) buscaron al rey, una vez que lo encontraron, le cortaron la cabeza y se la llevaron a España, esta una vez arrancada del cuerpo, les decía a su gente, que iba a llegar el momento en que nuevamente se levantarían. Para ello tenían que fundirse nuevamente la cabeza con el cuerpo del rey. Muchos antiguos todavía esperan el momento. Candelaria Aucapán de Pucatrihue ,dice sobre el mismo Epeu "Ése era indio de los *mapuche*, era rey de los *mapuche*, lo mataron a ése po, creo que fue el Francisco Pizarro, no sé, decían los antiguos que si nosotros hubiéramos tenido rey vivo no habríamos estado pobres, fueron a buscar al rey, porque era de puro oro su cabeza po, así que cuando le dieron el fallo los hombres que lo iban a matar, 'bueno -que dijo-, yo moriré -que dijo-, siete estados estará más abajo mi riqueza' que dijo, desapareció la luz, nosotros teníamos luz de oro, pero cuando a él lo mataron desapareció y ahora nosotros no tenemos na luz en la noche po, el rey alumbraba a todo el mundo, el pueblo, desapareció todo, el oro hoy día no está encimita po, el oro está abajo, ése es su propio oro po, pero nosotros no lo conocimos..., yo era muy niña y escuchaba la conversación de los ancianitos y así decían, pero cuando ya venga el fin del mundo, la riqueza se va a desaparecer toda, pero nosotros no vamos a desaparecer, porque este mundo que está aquí ya viene cerca pa darse vuelta po, no ve que dejaron dictados dos mil años no más po, y en dos mil años ya después no va a morir nadie, y aunque se bote profundo a la quebrada dicen, pero nadie va a morir, pagará sus culpas en vida, y 'vendrá fuego, vendrá guerra decían los ancianos, ése sí que sé yo, hasta ahí terminarán todos los *mapuche*..., el Inca Atahualpa puede volver a nacer, pero ése volverá ya cuando haya nuevo siglo, tiene que ser nueva gente.”

Tal vez, una de las claves para entender la presencia de un Inca Atahualpa en el territorio huilliche, sería a través de los lavaderos de oro que se explotaron en la zona en el siglo XVI. Debemos recordar que los invasores españoles traían en sus filas a yanaconas del norte, quienes al cohabitar en las mismas encomiendas con los huilliches que en algún momento ,tal vez, le hubieran transferido algo de su imaginario en donde se encontraba la figura de una entidad salvadora . Pero el tono de la reflexión más bien se sitúa.. ¿ En el

porqué nuestros antiguos recuerdan ?... ¿ Qué sentido tiene el antiguo ejercicio de la memoria?. La memoria es un acto colectivo que se ejerce en un aquí y en un ahora. Es un acto político en un sentido amplio: el de construir la historia y otorgarle significado: La memoria como la moneda cotidiana, como el pan diariamente compartido.

Hay hechos dramáticos que las sociedades deben reelaborar y las políticas de la memoria son el modo en que las sociedades se responsabilizan por su historia. La memoria como construcción colectiva, como el hogar que diariamente construimos para habitar y que nos habite.

En la comunidad mapuche-williche de Huequetrumao (Chiloé), tiene en su registro oral una canción al Inca Atahualpa:

Viva, viva el glorioso

Salvación a la nuestra nación

Y en tu nombre bendita ya sea

/: el glorioso escudo de Dios :/

Hoy levanta una voz en el mundo,

Como un trueno por los aires va,

Y a Lima los hombres más buenos

/: y a tus hijos le ofrece paz :/

Centenares de años tú fuiste

Que sentiste esa cruel traición

Al llegar esa vuestra española

/: que la muerte tu reino pisó :/

Ya pasaron esas crueles amarguras

Donde el indio mapuche sufrió,

Que lavó con su sangre bendita

/: estos campos que Dios heredó :/

“ Gloria, gloria y paz en la tierra

a los hombres de buen corazón

dice Cristo y allá en los cielos

/: noble goza al llegar "corazón" :/

Aún resuena en la memoria de María Teolinda Huenteo esta canción y ella dice: "Nosotros la cantamos acá, aquí, cuando hay tiempo de importuno de una gran ceremonia, entonces lo nombramos. Esta canción la hicieron los antiguos, los caciques; como... como digo que fue don Santos, don Santos Lincomán, cuando vino el... el tratado de Paz que hicieron los españoles con los indios, los indígenas.... Porque esta canción la escuché yo la escuche de muy de niña chica. Eran tiempos de importuno. Ahí está diciendo la canción, cuando mataron a su rey el Inca Atahualpa. En ese tiempo se derramó tanta sangre. Entonces eso lo interpretó el cacique.

La cultura de la memoria necesariamente implica conflicto.

Enfrentar el pasado es desnudar el poder que ya ha construido su relato narrándonos a todos. Resistir es un imperativo democrático, una forma válida de ejercer la memoria.

El Epeu del Inca Atahualpa, la visión de mi abuelo en 1910 y el relato de los antiguos de San Juan de la Costa, se encuentran con los sucesos ocurridos en unos de los últimos levantamientos del pueblo huilliche. La prensa de la época - octubre de 1890 –refiere del siguiente modo los acontecimientos:

"Han pasado ya 42 años desde entonces, desde que el Cacique Antiñir atemorizó a los colonos de Llanquihue. En octubre de 1890 aumentaron los robos de ganado en el lado occidental del lago. Los vaqueros huían o se volvían rebeldes, y en sus desvergonzadas expresiones se descubría que querían recuperar de los alemanes la tierra de sus padres, porque *ellos mismos* eran los señores. Uno de ellos contó que el cacique les había dicho a los mapuches y huilliches que venía el tiempo del esplendor. El sabía donde yacía la 'Ciudad de los Césares', con la cual soñaban hacía mucho tiempo los mapuches. La ciudad estaría *bajo* la actual Osorno. Los alemanes la habían sepultado, construido sus casas sobre ella y guardado las llaves de la entrada subterránea. El cacique llamó a todos los mapuches a matar a los alemanes, quitarles las llaves y quemar Osorno y todas las casas de los colonos. Los mapuches vinieron en masa y se incorporaron a su ejército, llevando ganado robado, cereales y alcohol de sus patrones alemanes para el sustento del líder rebelde: Pero el jefe fue arrestado. Se le montó atado sobre un caballo y se le llevó hasta la cárcel de Puerto Montt. Por varias horas la gente estuvo mirando desde las esquinas de las calles y desde las ventanas y hasta que la gente corría en su dirección. Desde las mesetas estaban al acecho los más curiosos.

Finalmente, ya tarde en la noche de luna uno a otro se fueron avisando: 'Viene el Rey'. Yo fui quien lo vio más de cerca: cabellos largos, un pañuelo

sobre la cabeza, un poncho negro con una franja ancha y roja, un rostro profundamente serio y orgulloso. Los pies se los habían atado con un lazo que pasaba por debajo del caballo; las manos estaban amarradas. El caballo era conducido del lazo por el policía. Lo desataron y se le interrogó. Luego, los sucesos se pierden en los pliegues de la historia, pues tres meses más tarde, en Enero de 1891, estalla la guerra civil, donde se enfrentan las tropas balmacedistas contra las congresistas y los huilliches asesinados, pasan a engrosar las filas de un ejército rebelde, subordinado al presidente Balmaceda. Sin memoria no hay historia. ¿Pero, para qué se recuerda? Para que el pasado no quede en el olvido. Para que el pasado no se vuelva desaparición, fuga, aceleración del tiempo que se despega de un espacio, sobre el que se desarrolló el suceso. Ejercer la memoria es un acto democrático.

Una comunidad sin memoria colectiva, es una comunidad sin identidad, dependiente de un discurso externo sobre su cualidad y su pertenencia. Cuando no sabemos quiénes somos, seremos lo que se dirá de nosotros. La identidad provendrá de afuera. La memoria permite que cada generación no necesite inventar las mismas cosas, sino que genera una continuidad al ir desarrollando lo recibido de la anterior.

No hay duda, al rey le cortaron la cabeza y se la llevaron a España. Nosotros, los huilliches de la butahuillimapu, conservamos una hebra de su pelo, como la esperanza que hoy transpira en nuestras manos.

BERNARDO COLIPAN FILGUEIRA